

MI PERSONAJE JUANITA, poco antes de morir en su más sola soledad, me confesó casi en susurro y entre los cachivaches que la rodeaban en su casa misteriosa y abandonada del pueblo “*que le gustaría plantar raíces secas para que salieran mariposas*”. Hoy, muchos años después, como a ella, a mí, en el más absoluto desencanto de un mundo en crisis moral y ante el caso de una Torre de Babel contemporánea, a mí como a ella me *gustaría plantar semillas de Drago para que nacieran bellos objetos*.

Me situaría en un espacio neutro, sentado en uno de mis *sillonesmuerte* esperando que germinara el pequeño grano naranja plantado. Y sin saber cómo ni por qué, la superficie donde nacería el fruto sería perfectamente en forma de isla. Cómodo y en meditación, sentado en mis Tronos Mortuorios, leería un libro de arena borgesiano, donde toda la sabiduría botánica de un Paraíso exótico haría realidad el sueño de tener un Jardín que nunca tuve. Matar mi frustración de no poseer un huerto, si no paradisiaco, humilde pero verde, recóndito lugar para soñar el sueño de una fantasía vegetal donde habitaran seres de todo el planeta fascinados por aquellos objetos diferentes.

El Mar siempre rodeándonos estaría lejos, hasta que nos sorprendiera ofreciéndonos una embarcación Iluliana con un cortejo de *siurells* vivientes de distintos tamaños. Convertirían la nave en un jardín flotante de albos peregrinos moteados de rojo y verde fluorescentes. El personaje protector, el visionario de esta historia se llamaría Bernardo

Las semillas del Drago, por Pepe Dámaso



Drago
por JOSÉ DÁMASO, 2009

Quetglas, lúcido mecenas que encontró certero el centro de la isla para que el embrión dormido naciera en el preciso instante deseado.

Desde el *sillón calaverablanca* Dámasoniño ví extasiado el crujir de la tierra roja seca que se estremecía ofreciendo feliz el parto, dando a luz criaturas tan bellas como soñadas en este jardín, dispuesto a encantarnos con la más estricta armonía del diseño. Me guió en aquel ámbito nuevo, recién nacido, como a un Tobías ciego, un arcángel con alas transparentes, para que, cómo en un milagro, todo se realizase a la perfección y sin tiempo posible.

Como un mago delineaba las sombras, perfilaba el volumen, dominaba el meollo de la materia inerte ¡Asombraba! Miguel Rubí dejó sus alas y me soltó la mano. Me dejó en el pavimento verdoso modelado, troncos tendidos de dragos que marcarían la senda desde donde contemplar las formas ideales, brotando ansiosas por ocupar el definitivo hábitat ajardinado.

¡Qué alegría! Ver poco a poco cómo surgía aquel cobijo escultural con un entusiasmo que era el mío propio, peregrinando años antes presintiendo este parto entre el hierro y la tierra, el árbol y la vida, el arte y la muerte.

Otro empujón generoso del genial y sensible conductor de cultura, de Camarada ingenioso, hizo que Joan Guaita me lanzara al vacío con vértigo de futuro ante lo nuevo y eterno entregándome las llaves del jardín encantado.

Dragos

por JOSÉ DÁMASO, 2009



Cicerone sutil y refinado
me abrió las puertas
donde el umbral sagrado
lo cuidan dos guardianes
entre la huella oriental
cúpulas de Babilonia
sin colgantes ni guirnaldas
dos dragosmuertes
soñadores de piedras
cárcel de cráneos que vigilan el pórtico
hierro que dibuja
la sombra inhabitada.

Todo conduce hasta el recortado arco
con el verde perfil
de la rama sagrada.
Desde allí,
desde su presencia altiva
que lo controla todo
se divisa
un horizonte en contra
y el laberinto abierto
de formas desnudas.

No es necesario
que las hojas y el tronco
iluminen el surco arado desde siempre.
Cada pieza plantada
revienta en hierro o piedra
esculpido en retoños.

Es de acero la respuesta
convertida en celosía
gris plateada de sombra.

¿Y el árbol, dónde está el árbol?
¿dónde el jardín presentido?
Manzana bronceada
sin corteza, mordida yace.
Copa triturada
que se levanta airosa.

Un astro cobija y trenza
el ramaje que apenas se desliza
rastros de la reja que se acumula
y se transmuta en ala de libélula
en hoja de matiz sin miembros.

¿De qué es la raíz oculta?
El plano de cal dibujado
no acuerda con la palabra rota:
jardín...
ni alamedas heridas
ni bancos sin barandas
ni siniestras balaustradas
que repiten el eco.

El estanque sin fondo
sí refleja la nada.
Los cisnes resaltan por su ausencia
y no hay quien lllore
en las columnas del quiosco adormecido.

La Música es lo único que pervive
con sus notas en la tumba dormida
en el hoy ajardinado
y floreciente reverbera
el resplandor del árbol
sin hojas ni raíces.
Sólo presencia estética
consumida en sí misma.

Es placer advertir
como en milenios el dragón dormido
se despierta en mis brazos
crece amamantando sin leche
con viruta y estiércol
de pecho sin pezones.

Su sangre curativa es resina que gotea
por el roto del cortén.
Agujero infinito
que impacta en lo vegetal
de nuestra muerte.
Transfigurado el drago
por donde hacemos la visita
es armonía que rezuma
belleza
ensimismada.

Drago
por JOSÉ DÁMASO, 2009



Volando sobre un pez con pesas en la cola y expulsando un gato rabioso por el pico, me contempla mi amigo Pedro Serra a través de sus gafas con moldura de tortuga milenaria. Me protege con ternura de tanto desafuero en el mundo del arte y se oculta tras el drago de Jerónimo el Bosco en la tabla izquierda del tríptico del Museo del Prado.

27 de noviembre de 2008